

# Carta de Argentina

## Eva Perón: medio siglo

*Juan José Sebreli*

Evocando la época del peronismo no puedo eludir el tono personal, ya que durante aquélla transcurrió un período de mi vida que incluye el de la formación. El mito de Evita —a cuyo surgimiento asistí asombrado— fue parte de mi imaginario infantil y adolescente. Aquella voz y aquella imagen, reiteradas entonces hasta la obsesión, quedaron fijadas en mí y retornan, intermitentes, como ráfagas de un tiempo perdido y fugazmente recuperado.

A los catorce años escuché hablar de Eva Duarte cuando comenzaban a circular rumores de su relación con Perón. Actriz poco conocida hasta entonces, logró una súbita popularidad por ese motivo extraartístico, incitándome a escucharla. Interpretaba, en ese momento, el papel de una intrépida astronauta en una radionovela de ciencia ficción, *Quinientos años en blanco*. Estaba destinada a ser su última actuación y a quedar inconclusa: dejó de trasmitirse sin explicaciones al público, el 9 de octubre de 1945, cuando Perón fue detenido.

La educación sentimental de la infancia en los años treinta y cuarenta estaba marcada por la aparición de la radio y el cine sonoro. El posterior mito de Eva Perón se entremezclaba con el mito de las «estrellas», al cine argentino del teléfono blanco, al radioteatro de la tarde, a las páginas sepia de *Sintonía* y *Radiolandia*, al encanto mágico de ese mundo de fantasía que reflejaba la cursilería de la clase media y baja argentina de aquellos tiempos. Esas tempranas experiencias me permitieron luego captar el fenómeno Evita con sensibilidad *camp*, cuando todavía no se había inventado esa palabra, para expresar la valoración sofisticada —irónica y tierna a la vez— del *kitsch* cotidiano y popular. La vida de Evita era la de esos personajes típicos del folletín, del radioteatro, del melodrama de cine en blanco y negro, que ascendían estrepitosamente desde la oscuridad de la cueva hasta la fiesta deslumbrante del poder y la fortuna por obra de encuentros fortuitos y azarosos. Su única actuación exitosa en ese melodrama pleno de sensiblería del peronismo, ilustraba la paradoja de la vida que imita al arte.

Evita como mito personal adquirió, ya en la juventud y compartido con unos pocos amigos, un nuevo contenido cuyas fuentes de inspiración eran un izquierdismo prepolítico entretejido con cierto gusto romántico por el

mal de la literatura negra. Esta rara mezcla me llevó a ver en Evita a la gran hetaira a quien el destino permitía vengarse de la sociedad que la había humillado. Esa fue la idea de mi primer escrito sobre el peronismo en la revista *Contorno* (1956) que después desarrollaría en un libro sobre Eva Perón (1966), *¿Aventurera o militante?*

En cierto modo retomaba la interpretación antiperonista de Evita a partir del resentimiento –por ejemplo la «mujer del látigo» de Mary Main– pero el valor negativo de ese resentimiento lo transformaba en positivo, señalando su rechazo por los valores convencionales burgueses. Se trataba, como lo observó Beatriz Sarlo, comentando esos viejos textos, de la «primacía de la negatividad e inversión axiológica de lo negativo» (*La batalla de las ideas*, 2001).

El turbulento pasado de Evita, y aun el solo hecho de ser una mujer que detentaba poder político, constituían para las familias tradicionales, los militares o los prelados, un escarnio de la moral establecida. Precisamente lo reivindicable, para mí, era ese lado antiburgués, que la emparentaba con los «rebeldes primitivos», como un Robin Hood femenino.

Pero este mito negro era un peronismo imaginario contrapuesto al peronismo real. En la versión oficial del mito, a la inversa, se censuraban en Evita todos los aspectos que impedían su integración en el orden establecido. La imagen oficial, aceptada por ella misma, equilibraba a la oradora incendiaria de barricada con la gran dama vestida de Christian Dior en el palco del teatro Colón, o con la oficiante e icono sagrado, a la vez, de la nueva religión peronista, la dulzona figurita rodeada de un halo dorado en los textos escolares. Evita ni siquiera aceptaba la transgresión de las feministas a quienes calificaba prejuiciosamente de «mujeres viejas y feas» y en *La razón de mi vida* (capítulo V) reivindicaba el papel pasivo de la mujer consagrada al hogar y sometida al varón, contradiciendo su propio comportamiento.

Mi interpretación heterodoxa de Evita tuvo escasa repercusión en su momento, pero ejerció después una influencia oblicua en la juventud peronista de los años setenta, aunque la orientación de estos jóvenes revolucionarios y a la vez católicos, nacionalistas y, a su manera, militaristas, difería, por cierto, de la mía. Por otra parte y siguiendo la teoría de Sartre sobre la subjetividad del aventurero y la objetividad del militante, enfatizaba el primer aspecto, en tanto los jóvenes setentistas pretendían convertirla en una guerrillera, algo que, sin duda, nunca hubiera sido. Tampoco me identificaba con la juventud revolucionaria peronista de esos años, porque ya había dejado de pensar en el peronismo como un pasaje al socialismo y lo identificaba, en cambio, con el fascismo, cuyo lado jacobino plebeyo –representado por Evita– le daba su engañosa apariencia revolucionaria.

Con el tiempo, sin embargo, la visión de la «prostituta sagrada», de la «rebelde primitiva» impuso a Evita en el mundo como un personaje legendario de la cultura de masas, a través de óperas, películas, piezas teatrales, novelas, cuentos, biografías, álbumes fotográficos, series televisivas, tarjetas postales, canciones y hasta diseños de modas. Llegó así a un público, jamás soñado por el ministro de propaganda Raúl Apold, más multitudinario y heterogéneo que el congregado en la Plaza de Mayo, pero que nunca se hubiera interesado por el peronismo como fenómeno político.

La primacía en Evita del elemento personal sobre el político, permitió que las condiciones adversas de su época y las circunstancias singulares de su vida favorecieran, paradójicamente, a la creación de un mito inigualable por encima del personaje histórico donde jugaba un papel menor a la sombra de Perón. Los tiempos han cambiado: la sociedad patriarcal, autoritaria y prejuiciosa que la satanizó ha desaparecido en parte y ahora no provocaría demasiado escándalo su erotismo y, como consecuencia indirecta, se diluiría, a la vez, su apariencia subversiva. Ya no gozaría tampoco del privilegio de ser la única mujer que alcanzara el poder político y además estaría sometida a la mirada de los medios, más despiadada que los ataques de la prensa clandestina bajo su régimen. Hoy necesitaría otras aptitudes para competir en la lucha política y le sería difícil conquistar el liderazgo carismático y más aún el aura del mito.



María Félix